

**EL VENEZOLANO**



**FEO**

# **EL VENEZOLANO FEO**

**Segunda edición ampliada**

*Dedicatoria*

*A quienes han sido, y a los que siguen siendo, presos del régimen y a sus familias*

*Especialmente a César Camejo, Mónica, Paulina, María Laura, César y Cristóbal.*

## PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

Han transcurrido casi tres años desde la publicación de la primera edición de El venezolano feo. No poco se ha logrado desde entonces en Venezuela, por lo menos en el plano político. La oposición, grupo en el cual, dada la actual polarización en Venezuela, me incluyo, logró hacerse de 56 curules en la Asamblea Nacional. Por lo menos se logró quitarle al chavismo la mayoría calificada. Sin duda, un logro importante.

Como venezolana, siento que es un paso grande, pero sigo sintiendo que hay que analizar los resultados más allá de la alegría que produce el logro. Porque el oficialismo consiguió menos de doscientos mil votos por encima de lo alcanzado por la oposición. Estamos hablando de 5,22 millones de venezolanos que votaron por los candidatos chavistas vs 5.05 votos obtenidos por la oposición, según las cifras del Consejo Nacional Electoral (CNE). Lo lógico sería que el número de diputados chavistas y opositores fuese más equilibrado, pero no fue así debido a la astucia de Hugo Chávez al modificar las normas electorales y hacer que dos más dos sea el resultado que a la revolución le favorezca.

Muchos medios de comunicación, políticos de oposición, analistas, entre otros, han hecho énfasis en este último punto. Ambos bandos tuvieron un número de votos similar, es decir, casi el 50% de los venezolanos votaron por la oposición. No obstante, y sin ánimo de sonar pesimista, Yo veo con preocupación otra cara de la moneda.

Las fallas al suministro de energía eléctrica que se vivieron en Venezuela casi hicieron olvidar los años de escasez de alimentos en las cadenas de distribución. De la delincuencia en Venezuela ni siquiera vale la pena hablar; los delitos contra la vida y la propiedad forman parte del común desenvolvimiento del país y la impunidad es una norma en el sistema judicial venezolano. Desempleo, pobreza, escasez de vivienda...

Para el año 2010 Chávez llevaba once años en el poder. En este periodo, transcurrido desde la toma de posesión en 1999 hasta el ocaso de la primera década del siglo XXI, Venezuela ha vivido innumerables escenas de violencia contra las personas, las instituciones, la propiedad, los derechos civiles, etc. Y a pesar de ello, algo más de la mitad de los venezolanos que acudieron a las urnas electorales, quieren que el proyecto continúe, quieren su revolución, incluso sin saber a dónde los llevará o qué implicaciones tendrá para sus vidas. Después de once años, nosotros, los que formamos parte de la oposición, los que creemos que el proyecto de Chávez es nocivo, los que tenemos capacidad de analizar y contamos con las pruebas del fracaso del Socialismo del siglo XXI, hemos sido incapaces de convencer a esos cinco millones de electores que siguen votando por Chávez y su revolución.

Los “analistas” adjudican esta realidad a la falta de un plan por parte de la oposición; la sociedad civil que no simpatiza con el proyecto socialista hace lo mismo: la culpa es de los políticos. Los empresarios que no apoyan el proyecto revolucionario esperan que los políticos de oposición hagan algo, es decir, la oposición no política espera de los políticos que planteen un proyecto de país que sume voluntades y sirva de palanca para presionar la salida de Chávez.

Lejos de mejorar la situación económica, social y política en Venezuela, las cosas están empeorando con el paso del tiempo. Cada día son más las empresas expropiadas, cada día es más irrespetuoso y humillante el proceso de apoderamiento del Estado y el desmantelamiento del aparato económico. La inseguridad es un tema ya tan difícil de abordar que habría que analizar demasiado para saber por dónde empezar ¿dentro o fuera de la cárcel?

En este tiempo, julio de 2011, ya se han producido numerosas muertes en el penitenciario El Rodeo y no se sabe cuántas son. Las cifras oficiales dicen diecinueve, un preso entrevistado por el diario El Nacional ([http://www.el-nacional.com/www/site/p\\_contenido.php?q=nodo/215625/Sucesos/Los-reclusos-sacaron-en-camillas-a-muertos-y-heridos-de-Rodeo-I](http://www.el-nacional.com/www/site/p_contenido.php?q=nodo/215625/Sucesos/Los-reclusos-sacaron-en-camillas-a-muertos-y-heridos-de-Rodeo-I)) dice que son cerca de setenta .

Mientras tanto, el Presidente venezolano estaba fuera del país y acabó en Cuba, atendiendo asuntos de salud que terminaron siendo, según sus propias declaraciones, cáncer.

Dejando de la lado la hipocresía y la falsa piedad que caracteriza a los herederos del sentimiento de culpa judeo-cristiano, en Venezuela, y en muchas otras partes del mundo, el anuncio de la enfermedad del líder de la revolución bolivariana fue recibida con alegría... y culpa, por aquello de que no es bueno alegrarse del mal del prójimo.

Hay quienes interpretan este anuncio como una oportunidad para una salida democrática de la crisis que está viviendo el país hace más de una década. La muerte del dictador y, por supuesto, la tesis de ausencia de una personalidad dentro del chavismo que pueda arrastrar las masas como lo hace Chávez, suena como un escenario perfecto para el necesario cambio que estamos esperando desde hace tanto.

Sin embargo, vale la pena recordar que la muerte de Lenin no significó un avance hacia la democracia para la sociedad rusa, ni siquiera un avance para el respeto a los derechos humanos. Al contrario, el deceso de un tirano se convirtió en el ascenso de uno de los peores criminales de la historia de la humanidad: Joseph Stalin.

Volviendo a la realidad venezolana, a la realidad vista desde julio de 2011, se rumora que la unidad de los partidos de oposición pudiese desaparecer sin Chávez liderando la campaña presidencial de 2012. Desaparecido el enemigo común, desaparecería la unidad de la oposición. Quizá el único posible candidato de oposición que ha leído inteligentemente la situación es Henrique Capriles, quien no le cree nada a Chávez... ¡y Yo tampoco lo haría!

Si algo ha demostrado Chávez es que sabe manipular las emociones. Apartando las dudas acerca de su enfermedad, sea o no real, deberíamos saber que va a manipular con ella. Y si recordamos, Chávez admitió haber planeado los sucesos del 11 de abril de 2002, para hacer una depuración de sus más cercanos colaboradores y saber con quién contaba realmente. ¿Quién puede afirmar con certeza que este no es otro plan de Chávez para saber quiénes le son leales y quiénes no? Y así, aprovecha y desarticula la oposición, que cree que está a punto de vencer al contrincante... ¡Oh, sí! La ingenuidad es otra característica del venezolano, la cual, sumada a la falta de memoria, hace de Venezuela un terreno fértil para los desastres políticos.

Antes de la publicación de la primera edición de El venezolano feo pensaba que, en el imaginario social de Venezuela, la salida de Chávez significaría la solución de todos los problemas del país. Después de tres años, y de tantos comentarios recibidos, creo que hay una conciencia general acerca de la verdadera problemática nacional: **El problema no es el presidente de turno, el problema son los venezolanos.** La gente lo sabe, lo siente, lo vive día a día. Y sin embargo la intención de cambio...

Sigo viendo con preocupación, cada vez mayor, que en Venezuela se sigue esperando que sean otros los que den el primer paso para la transformación del país. Se sigue esperando por los políticos, por los empresarios, los estudiantes, los gremios. Aun cuando se sabe que dentro del venezolano está la clave de esa transformación, no observo que exista alguien que se levante y actúe en pro de la evolución del país.

### **Desde el exilio.**

Me fui de Venezuela hace más de tres años. Vivir con El venezolano feo todos los días se hacía cada vez más difícil, más costoso en lo emocional y psicológico. ¿Cómo se hace para convivir con un grupo social numeroso con el cual no se comparten, ni remotamente, los paradigmas mínimos necesarios que impiden la violencia verbal y física? No es fácil, pero tampoco imposible. Se podría sacrificar la salud mental y volverse, digamos, más tolerante con el ruido constante que reina en cada calle de Venezuela. A estas alturas del partido, parece absurdo que a alguien le moleste que dos de cada tres paredes del país estén pintadas con mensajes alusivos a la Revolución Bolivariana y que sea imposible pasar una hora en la calle sin verle la cara a Chávez... sin embargo, de sólo recordarlo, me da urticaria nerviosa. La basura en las vías públicas... uno podría acostumbrarse a andar por la vía de los carros para esquivar la basura en las aceras y ¿por qué no? En lugar de taparse la nariz cada vez que se pasa al lado de un montón de basura, ya el venezolano debería empezar a andar con tapabocas a todas partes.

Puede que sea falta de tolerancia. Lo sé, soy demasiado intolerante, no puedo evitar que la imagen de un sujeto orinando en plena vía pública o una doña tirando al suelo la bolsa de papel que guardaba la empanada que se acaba de comer, me produzcan unos deseos casi incontenibles de golpear a los infractores. Llamar la atención sobre este asunto, en Venezuela, se ha convertido en una empresa peligrosa. Sí, es muy probable que quien se atreva a decirle a la doña que no debe botar basura en la calle termine siendo insultado con frases que quizá ni siquiera conozca; o, de atreverse a decirle al fulano que está prohibido orinar en la vía pública, usted puede correr el riesgo de conocer la famosa lluvia dorada sin desearlo.

Entre otras tantas cosas, eso me impulsó a salir de mi país, evitando la irrupción psicótica que parecía inminente.

¡Entonces llegué a Bogotá! Una ciudad donde, en primer lugar, no habían mensajes alusivos al socialismo del siglo XXI. Una ciudad con arbolitos, con parques, con una arquitectura bonita, con vendedores y mesoneros que atienden al público con amabilidad. Como casi todos los venezolanos que conozco, quedé maravillada con la ciudad. Como casi todos los venezolanos que conozco, no podía

evitar establecer comparaciones entre Caracas y Bogotá, preguntándome constantemente ¿por qué no puede ser así en mi país?

Guardando las diferencias incuestionables entre las dos ciudades, salvando la diferencia de tres años que separan mi llegada a Colombia con la redacción de este texto, he de reconocer que Caracas se ha convertido en un asco de ciudad. Y tan es así que nosotros, los caraqueños, pensamos que una ciudad tan caótica y desastrosa como Bogotá es el paraíso. Nosotros venimos a Bogotá y pasamos algunos días, quizá semanas, incluso meses, y nos parece todo bonito. Hasta la gente nos parece amable, aunque los bogotanos, por regla general, no responden un “buenos días” en un ascensor.

Fue entonces cuando comencé a cuestionar el tema de la autoestima social. Los venezolanos, y me incluiré por cuestiones editoriales, somos arrogantes de la boca para afuera. Una arrogancia idiota, que en el fondo esconde un sentimiento de inferioridad social absurdo. Potencialmente tenemos todo lo que necesita una sociedad para estar entre las mejores del mundo, pero en la práctica nos quedamos con los brazos cruzados; vemos que todo está mal y decimos “¿qué va a hacer uno?”

Ese sentimiento de impotencia, como impotencia, quizá tiene poco más de una década. Sin embargo, lo que ha llevado a Venezuela a ser un país con un futuro oscuro y deprimente, no es la impotencia, sino la indiferencia. La excusa para todo, los arranques de violencia verbal, el engaño y la corrupción, son las características que definen a El venezolano feo, el Chávez que todo venezolano lleva por dentro.

No obstante, y lo digo con sincera y profunda preocupación y asco, el Chávez interno no es exclusivo de los venezolanos. Resulta que tres años en Bogotá me han ayudado a descubrir un Chávez interno internacional. Sí, el colombiano, o por lo menos el habitante de Bogotá, tiene un Chávez dentro de sí que lo hace actuar de formas poco progresistas.

Lo tristemente irónico de la situación es que, en Bogotá, la gente está absolutamente convencida de la imposibilidad de tener un destino análogo al de Venezuela, Bolivia o Ecuador. Claro que siendo uno de los países con un futuro más prometedor que el de la media mundial, es difícil pensar que sus habitantes teman que algo pueda salir mal. Si se resuelve el tema de la guerrilla y los paramilitares y los políticos dejan de ser corruptos, el futuro del país es brillante. Pero los ciudadanos...

Siempre he sostenido que los problemas de un país no se resuelven con cambios de gobierno, aunque eso suele ayudar. Pero los gobiernos, por lo menos los que todavía tienen destellos de actuaciones democráticas, son elegidos por los pueblos. No sé hasta qué punto se cumpla la afirmación de Simón Bolívar, cuando dijo que cada pueblo tiene el gobierno que se merece; pero, indudablemente, la historia cobra caro los errores.

Venezuela, muy a despecho de los que nacimos y crecimos en este pedacito de tierra, se ha convertido en el ejemplo de país que todo latinoamericano quiere evitar. Honduras lo demostró, al primer indicio del presidente Zelaya de querer perpetuarse en el poder, salieron los hondureños a dar una demostración de unidad cívico-militar y dejaron al Secretario de la Organización de Estados Americanos balbuceando idioteces que a ningún hondureño afectó. Enfrentando la adversidad, Honduras ha dado pasos importantes para demostrar al mundo que es una democracia valorada por sus ciudadanos. Los

pueblos de la Región no quieren verse en el espejo venezolano... el problema es que la estupidez no es privilegio de los políticos latinoamericanos. Y así como alguna vez el venezolano feo dijo “eso no va a pasar aquí, eso son los cubanos que se dejaron joder, aquí no puede pasar esa vaina porque ahí sí el pueblo se levanta”; en muchos países se cree que los venezolanos se jodieron por pendejos, cuando en realidad el bravo pueblo de Venezuela se jodió por creerse más vivo que todo el mundo.

Desde aquí, desde Bogotá, en un año tan convulsionado a nivel internacional como lo ha sido el 2011, que ha comenzado con el levantamiento de los pueblos de Túnez, Egipto, Libia, etc., contra las dictaduras, seguido por la profundización de la crisis económica –y sus respectivas consecuencias sociales y políticas- en Grecia y España, aderezado con las protestas civiles en varios países de Europa; trataré de escribir una nueva edición más amplia de El venezolano feo, que le llegue, no sólo a los venezolanos, sino a los colombianos y a los latinoamericanos que no quieran repetir los errores de un país que teniéndolo todo, salió debiéndole todo el mundo... Pero eso sí, contentos y en el top ten de los países más felices del mundo.

### **Venezolanos en el exterior**

Cuando se es venezolano en el exterior, es inevitable que los locales de cualquier país te pregunten ¿cómo es que no han sacado a Chávez? El asunto va más allá. Porque el desconocimiento del caso venezolano es abrumador, y realmente me parece abrumador porque uno supone que, siendo un tema tan delicado para la Región, por lo menos los profesionales de un país latinoamericano deberían saber qué está pasando y qué ha pasado en Venezuela.

Si usted es venezolano y está moviendo la cabeza de lado a lado en señal de desaprobación, deje el drama y respóndase usted mismo ¿qué sabe de los hechos políticos más importantes de los países vecinos en los últimos cinco años? Primer error, como latinoamericanos, como pueblos hermanos y todo ese romanticismo que trataron de heredarnos los padres de nuestras patrias, estamos limitados por la ignorancia de lo que ocurre a nuestro alrededor. Y más adelante se dará cuenta de algo más aterrador: no sólo ignoramos lo que pasa en los países más cercanos, tampoco sabemos qué pasa dentro de nuestras fronteras.

Dicho esto, hay que reconocer que los venezolanos creemos que lo que nos ha pasado es tan importante, tan significativo para el mundo, que es inaudito que un profesional latino no sepa qué pasa en Venezuela. No obstante, hay que llamar la atención en un elemento crucial, lo que pasa en Venezuela, lo que ha pasado y lo que está a punto de pasar, sí es un tema prioritario de estudio para los pueblos latinoamericanos, para los políticos, los empresarios y la sociedad civil. A menos que quieran repetir los errores y omisiones, lo cual es perfectamente válido.

Yo tengo pocos amigos. Si tenía pocos amigos en Venezuela, imaginen los pocos que serán fuera de la frontera. Sin embargo, a veces tratando de ser tolerante, a veces sólo por el placer de burlarme mentalmente de alguien, suelo dejar a otros venezolanos responder la pregunta ¿por qué no han sacado a Chávez?



Los venezolanos en el exterior tienen muchas hipótesis. Quizá las más mentadas son: 1) Porque el tipo tiene controlado a los militares y al Consejo Nacional Electoral y es imposible sacarlo, aunque en Venezuela nadie lo quiere, sólo un grupito, que son los que están haciendo negocios con el gobierno. 2) En Venezuela sólo los marginales votan por Chávez.

La verdad es que, por acción u omisión, todos los venezolanos cargamos con algo de responsabilidad por la ascensión de Chávez al poder; unos más, otros menos, pero nadie puede lavarse las manos. Y si después de doce años continúa más enquistado que nunca, también es responsabilidad de todos. En esta repartición de culpas no se salva nadie, tampoco la Comunidad Internacional, desde la OEA, el Centro Carter, los intelectuales europeos y norteamericanos que vitoreaban el ascenso al poder de un líder que enfrentara al capitalismo y a su representante más antiguo: EEUU.

### **El Chávez interno en el mundo.**

La disolución de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), que desencadenaría la caída del Muro de Berlín, abrió paso a un nuevo orden mundial. El socialismo fracasó y el único modelo económico que quedó en vigencia fue el capitalismo.

Cuba se quedó sola con su modelo de producción y distribución. China se abrió a los mercados internacionales. Cuba sigue siendo una pequeña isla poblada por gente pobre... pero contenta. China se ha convertido en uno de los destinos más codiciados para los capitalistas del mundo, aun cuando las condiciones básicas de vida de China, en muchos aspectos, sean ultrajantes, sobre todo para la mujer.

En este contexto de cambio mundial, surgió un líder que retomó los viejos ideales socialistas. Cuando parecía que el mundo había aceptado que la única opción válida era el capitalismo, un líder latinoamericano propuso un proyecto diferente. Quizá, más que proponer un proyecto diferente, lo que despertó mayor admiración fue que, aun cuestionando el libre mercado, las políticas neoliberales, el consumo y el capitalismo en general, este sujeto llegó al poder apoyado por una inmensa mayoría de los electores del país conocido por sus riquezas petroleras y sus misses.

No se trataba de un país pobre, porque para el resto del mundo –análogo al concepto propio del venezolano- Venezuela es un país rico. De manera que se interpretó que el pueblo venezolano estaba dispuesto a embarcarse en un proyecto socialista, en búsqueda de la igualdad y de la felicidad común. Así, Chávez fue bienvenido en todo el mundo por los intelectuales que creyeron que, con los recursos de Venezuela y la buena voluntad de un líder, se demostraría que el socialismo es un modelo económico posible.

Sin embargo, a despecho de los come flor que sueñan con un mundo de unicornios azules y gente feliz, el proyecto dejó de ser plausible a los tres años de su inicio. Desde su juramentación como Presidente de Venezuela, en febrero de 1999, a la primera expresión fuerte de inconformidad, con el primer paro económico en diciembre de 2001, no habían transcurrido tres años. Claro que, la lectura que la izquierda internacional daba a estos hechos era bastante simplista: los ricos se oponen al proceso de cambio, el capitalismo se resiste a necesaria transformación social.

Ni siquiera bastaron los sangrientos sucesos del 11 de abril de 2002 para que la Comunidad Internacional, sin distingo de ideología política, se uniera en un rechazo común a quien ya había demostrado ser un dictador. Y quizá eso esperaba, ingenuamente, el venezolano común, olvidando que la misma Comunidad Internacional, a lo largo de la historia, ha dejado que ocurran los hechos más sangrientos e inhumanos que sea posible imaginar. Venezuela no iba a ser la excepción de la regla de indiferencia mundial. Si los venezolanos quieren matarse entre ellos, que se maten, pero se debe respetar la soberanía nacional... sí, ese era y sigue siendo el mensaje. Los venezolanos se metieron solitos en ese problema, que lo resuelvan, porque Chávez fue electo bajo las reglas vigentes de la democracia venezolana. No obstante, como todo dictador, con el transcurso del tiempo ha cambiado las reglas para su perpetuación en el poder... democráticamente.

Aunado a ello, muy temprano en su gestión, Chávez estableció alianzas con gobiernos y políticos foráneos que le han permitido gozar de un piso político, o por lo menos una red de salvación, a la hora de enfrentar las situaciones adversas que se le han presentado. Como el Chávez interno no es exclusivo del venezolano, resultó que el Presidente de Venezuela encontró rápidamente aliados en América Latina, a precios que variaban según la situación de cada país. A todos les regaló algo y, con el apoyo de Chávez, muchos de ellos pudieron saborear el néctar del poder. Insisto, el chavismo no es exclusivo del venezolano, y esos pueblos latinoamericanos recibieron con los brazos abiertos los regalos del líder venezolano, sin importar de dónde venían esos regalos y cuánto les costaría en el futuro.

Mientras tanto, se establecían alianzas con dictadores de las ligas mayores. Los gobiernos de Rusia, Irak, Irán y Libia resultaron ser amigos íntimos de Venezuela y la Comunidad Internacional no hizo ni ha hecho nada al respecto. Se sabe que Venezuela o, mejor dicho, Chávez, proporciona uranio a Irán para sus proyectos nucleares. Quizá si algún día Irán activa una bomba atómica sobre Israel o EEUU, con uranio venezolano, la historia cuente cómo se pudo haber evitado... en retrospectiva.

Las relaciones entre Venezuela y Colombia llegaron a parecer insostenibles gracias al descubrimiento de evidencia irrefutable acerca de las relaciones entre el gobierno venezolano y la guerrilla. Sí, hace mucho tiempo se sabía que los guerrilleros colombianos se refugiaban y se entrenaban en Venezuela, pero con la muerte de algunos líderes de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) y el descubrimiento de la información contenida en los computadores de los cabecillas caídos, el rumor se transformó en clara evidencia. Y todavía no ha pasado nada serio a nivel internacional. Los gobiernos amigos, es decir, los que reciben beneficios económicos del gobierno venezolano, callan, mientras un país vecino, quizá no tan amigo porque no regala nada, tiene que lidiar día a día con el azote de la guerrilla dentro y fuera de sus fronteras.

Y hay más, porque uno de los líderes internacionales más aclamados en estos últimos tiempos, Lula da Silva, hoy ex presidente de Brasil, le devolvió el favor a Chávez callando en demasiadas ocasiones. Sin embargo, pareciera que quienes deciden a quién se le otorga el reconocimiento de líderes notables, olvidan que la omisión y el silencio también es un pecado.

En resumidas cuentas, los venezolanos no somos los únicos que padecemos de la patología del chavismo interno. El mundo entero está contagiado y necesita exorcizar ese patógeno que ha permitido que la

humanidad se estanque en procesos fútiles y se haya derramado tanta sangre de civiles sin ninguna justificación. En el pasado de la conciencia –si es que se tiene alguna- de la Comunidad Internacional, debería estar la sangre de las víctimas de Hitler, porque él advirtió lo que iba a hacer, porque durante una década levantó el imperio nazi a la vista de todo el mundo, y ultrajó y mató a decenas de opositores, porque Hitler no era un chico de mente inquieta que un día tuvo una irrupción psicótica y se convirtió en el genocida que fue. Las señales sobraron y la Comunidad Internacional no hizo nada, hasta la invasión de Varsovia.

En la conciencia de la Comunidad Internacional, si es que existe algo como eso, deberían pesar los cadáveres y los cuerpos mutilados de los ciudadanos del Congo, de Nigeria y de tantos otros países africanos y de Europa del Este, que perecieron por la ausencia absoluta de un organismo o institución que velara por su derecho a la vida. Pero, así como Chávez tiene su agenda y no importa cuántos muertos deje en el camino, la Comunidad Internacional también tiene su agenda y actúa como si los muertos del camino no fueran lo suficientemente importantes. A estas alturas, parece buena idea repensar las agendas de los diferentes organismos de ayuda internacional y sopesar entre la vida de los ciudadanos del mundo y la soberanía, si es que realmente es esto lo que les importa.

Venezuela está transitando un camino minado, donde cada día parece más difícil –o menos probable- la materialización de una salida democrática y pacífica. Personalmente espero que mi país no sea otro más de los errores por omisión de la Comunidad Internacional, sin querer con ello afirmar que la solución es a nivel externo. Sin embargo, sin la ayuda del resto del mundo, Yo veo difícil el necesario y urgente cambio pacífico, por lo menos en el mediano plazo.

## EL VENEZOLANO FEO

Venezuela es un país que vive en crisis desde hace demasiado tiempo, no es ahora con Chávez, no fue por culpa de Carlos Andrés Pérez o responsabilidad exclusiva de Rafael Caldera.

Un país rico en recursos naturales, con población joven y, supuestamente, un gran futuro por delante, está condenada al fracaso por una exclusiva razón: el venezolano.

Sin importar raza, credo, simpatía política o estrato social, el venezolano lleva décadas quejándose de lo mal que le va al país. Culpa a los políticos, pero además se refugia en la vieja excusa de país demasiado joven, reconoce el problema de educación que se respira en el entorno, pero no hace absolutamente nada por cambiar esa realidad que supuestamente rechaza. Y digo supuestamente porque si realmente al venezolano no le gustara el caos en el que se desenvuelve día a día, año a año, presidente tras presidente, ya hubiese hecho algo por cambiar ¿o no?

En Venezuela, según los venezolanos, ningún presidente en ejercicio ha servido para nada. Todos los hombres que han ocupado la silla presidencial han sido corruptos, ineptos, brutos, etc. Se dice que cada pueblo tiene el gobernante que se merece, quizá sea el gobernante que más se le parezca a la masa y como en el fondo el venezolano no gusta de sí mismo, una vez electo el representante del pueblo comienza el rechazo por la persona y sus actos.

El último ejemplo vivo está en pleno desarrollo. Hugo Chávez representa todo lo que es ese venezolano feo que quienes tienen cuatro dedos de frente rechazan y quienes no logran hacer más de una sinapsis al día adoran, porque es como ellos. Incluso aquellos que dicen odiarlo son, en el fondo, la misma persona. Si hay una razón por la cual los venezolanos no han logrado sacar a Chávez del poder, es porque no han logrado sacar al Chávez que llevan por dentro. O vamos a decirlo incluyéndome ¡No hemos logrado sacar al Chávez que llevamos por dentro! Es terrible, incluso Yo llevo uno. Pero para poder resolver el problema, primero tenemos que admitir que tenemos un problema... aparte de las arcadas que nos provoca enterarnos que tenemos un chavista viviendo en nuestro inconsciente.

En nuestro país, los valores nacionales se reducen a la viveza criolla, a la ganancia fácil, al logro de objetivos con el menor esfuerzo posible. El venezolano cuestiona la corrupción del poder, pero trata de ignorar el hecho de que es corrupto y ese es un antivalor que rápidamente aprenden en el seno de la familia. O quizá sea más acertado decir que son dos antivalores que viven en los venezolanos desde niños: la corrupción y la negación de los defectos propios.

Y por supuesto que la historia ha tenido que ver en el desarrollo de los valores patrios, que no quepa la menor duda de esto. El hecho de ser un país petrolero ayudó a que los venezolanos crecieran con la idea de que nacen ricos. La eterna protección a los empresarios y a los productores, los eternos subsidios a todo, las becas, la facilidad para encontrar trabajo cuando se pertenecía a algún sector político; todas esas han sido razones reales que le han hecho creer al venezolano que no hace falta

esforzarse, pero son razones discutidas hasta el hastío y, sin embargo, siguen enarbolándose como excusas para actuar como irresponsables.

No obstante lo anterior, si usted le pide a un venezolano que le hable de las virtudes de su pueblo, mencionará, sin titubear, la virtud del trabajo. Según los venezolanos, éste es un pueblo trabajador. Yo soy de las que piensa lo contrario, Yo pienso que el venezolano es flojo y hace apenas lo que se le exige, ni un poco más... y si puede, hace un poco menos. Pero no se altere por la generalización, Yo sé que usted, querido lector, es muy trabajador, al igual que sus padres y sus hermanos y su mejor amigo, incluso la señora que limpia en su casa es muy trabajadora. Constantemente soy atacada por esos nacionalistas apasionados que insisten que el venezolano es trabajador y salen con ejemplos que incluyen el número de personas que sale de sus casas antes de las cinco de la mañana para ir a su trabajo. Yo siempre he dicho que eso se debe, no a que el venezolano sea trabajador, sino que el servicio de transporte es tan malo y las fuentes de trabajo o centros de estudios superiores están tan centralizados en ciertas áreas de las ciudades, que quienes viven lejos tienen que madrugar para llegar a tiempo. Porque si el venezolano fuera trabajador ¿cómo se explica que la productividad de la mano de obra en Venezuela haya bajado 36% en el periodo 1978 a 2004? Eso no lo digo Yo, eso lo dijo Ricardo Hausmann, ex ministro de Planificación y profesor de economía de la Universidad de Harvard... algo debe saber ¿no? Curiosamente, 16% de esa caída de la productividad del trabajador en Venezuela ocurrió durante los primeros seis años del gobierno de Chávez. Ya hay un culpable, y es el que usted esperaba. Claro que mientras el venezolano se hacía menos productivo, en otros países la tendencia era al alza. La productividad de la mano de obra aumentó 51% en Estados Unidos, 98% en Chile, 179% en Tailandia y 585% en China. Sólo en Liberia, Congo, Nicaragua, Georgia y Costa de Marfil, países que han vivido cruentas guerras civiles, han presentado un desempeño en su productividad peor que el de Venezuela. No obstante, la poca vocación al trabajo del venezolano feo, no nació con Chávez, lo que pasa es que durante la revolución bolivariana se han otorgado licencias “rojas rojitas” para la flojera y la desidia. Pero Yo he hablado con directores de transnacionales, con gente de empresas foráneas, con universitarios y profesionales que han tenido la oportunidad de convivir con venezolanos en el exterior y muchos coinciden en que los ejemplares con los que les ha tocado compartir no eran precisamente dados al trabajo. Y resulta que no sólo se reduce al grupo de bajo poder adquisitivo, porque me contaban que los profesionales venezolanos eran personas arrogantes que no se “rebajaban” a hacer cosas que no correspondieran a su nivel. Por ejemplo, un profesional venezolano no saca una fotocopia, no envía un fax, ni de vaina se sentaría en la recepción de la oficina si se necesitara allí, porque esas son labores secretariales que no corresponden a una persona de su nivel. Eso no lo digo Yo, eso lo dijeron muchos de los extranjeros a quienes entrevisté.

Y es que los mismos venezolanos llegan a admitir la falta de voluntad de superación de sus coterráneos. Ejemplo de ello me fue brindado por un venezolano que tiene un salón de belleza en Caracas y otro en Bogotá. Las mismas oportunidades que trata de brindarles a sus trabajadores en un país se las brinda a los del otro, sólo que los colombianos procuran aprovecharlas, los venezolanos se conforman con la posición que tienen, lo gustan del esfuerzo, no sacrifican un fin de semana libre para hacer un curso de mejoramiento, no abandonan la rumba del viernes por la noche para quedarse a trabajar un poco más y ganar más experiencia y dinero. Esta es una situación que se repite una y otra vez en las empresas

venezolanas. Quienes quieran seguirlo negando son libres de hacerlo, pero la evidencia apunta hacia una dirección: el venezolano promedio es flojo.

Seguramente habrá quienes están cargados de argumentos para rebatir mi posición, pero hay más, hay muchas otras “virtudes” que se adjudican los venezolanos, características que a mi modo de ver no son, necesariamente, virtudes... ¿Un ejemplo? Los venezolanos se dicen gente chévere... ¿qué significa ser chévere?

El venezolano, ése, el feo, el que lleva su Chávez interno, es poco confiable y muy irresponsable. Promete mucho, siempre dice “sí vale, tranquilo, cuenta conmigo” y a la hora de la verdad no aparece; cuando lo hace, lleva una retahíla de excusas que terminan por agotar mentalmente al interlocutor, exactamente como ocurre cuando usted ve un Aló Presidente. ¿No había notado que todo venezolano feo interpreta su propio Aló Presidente? Observe mejor y podrá ver a Chávez en sus compañeros de trabajo, en su jefe, en sus alumnos o profesores, en su familia, en sus amigos. Haga un esfuerzo mayor y verá que también está en usted.

Prueba de ello tenemos todos los mortales que estamos rodeados de venezolanos feos. La puntualidad es una falta de respeto en Venezuela, así como lo está leyendo, ser puntual en Venezuela es una afrenta personal. Si a usted lo cita un venezolano a las tres de la tarde, ni se le ocurra pensar que la persona va a llegar a las tres, con suerte llegará a las tres y media. Si usted llega puntual, porque es un neurótico y tiene esa mala costumbre, no se desespere cuando la otra persona llegue con media hora o más de retraso, porque seguramente había tráfico en la autopista o algún evento inesperado ocurrió justo cuando el amigo iba saliendo. Pedirle a un venezolano la simple tarea de planificar mejor su tiempo, considerando que la probabilidad de que encuentre tráfico siempre será alta, es una osadía. Ergo, su tiempo no es importante; usted no es importante. El venezolano feo asume que todo el mundo sabe que la impuntualidad forma parte de la idiosincrasia del venezolano. Si por alguna razón usted, molesto, dice algo al respecto, tenga por seguro que le van a decir “así somos los venezolanos”. Incluso, ser puntual parece ser cosa de perdedores. El sujeto importante no llega a la hora, ni el presidente del banco, ni el promotor de servicios, mucho menos el empleado público. Usted, que es poco importante, siempre va a tener que esperar por aquel que sí es importante y tiene derecho de atenderle con retraso, y con mala cara si le provoca. Si va a salir con una chica, tenga por seguro que ella llegará tarde, porque ¿qué clase de perdedora desesperada se presentaría puntual? Si tiene que hablar con un profesor de la universidad para revisar un examen o su tesis de grado, va a tener que esperarlo hasta que él, el tipo importante, se desocupe y lo pueda atender, porque usted es el interesado, no él. Si tiene cita con el médico a las dos de la tarde, espérelo hasta las tres, porque el doctor estaba atendiendo a alguien más importante que usted. Pero, eso sí, todo el mundo quiere un cambio y está harto de que en Venezuela todo el mundo haga lo que le da la gana... pero somos chéveres, de eso no hay duda.

La sociedad venezolana es una sociedad de adolescentes. Constantemente necesitan algo, aventuras, riesgo, emoción, cualquier suceso que los recree. No participan, porque es cosa de adultos (o de políticos o de empresarios o de sindicalistas), esperan que los demás se encarguen de los asuntos que ya no les resultan entretenidos y se dedican exclusivamente a señalar lo que los demás hacen mal.

Siempre piensan que el reto por delante es demasiado grande y esperan que venga un súper Mesías a resolver sus problemas o los problemas del entorno.

¿Usted cree que es mentira? ¿Usted piensa que esa no es la generalidad del venezolano? Siga creyendo que el venezolano es chévere, es simpático, alegre y solidario. Cierre el libro y siga manteniendo esa imagen linda de su país y de sus compatriotas, cierre el libro y siga pensando que gracias a críticas como las que se va a encontrar en las siguientes páginas es que los venezolanos no logran salir adelante, porque en las próximas páginas se va a encontrar con una realidad que desmiente los mitos de alegre, solidario y buena gente. Lo que vamos a hacer ahora es tirar al suelo esos mitos y ponerle cara al venezolano feo, a ese que todos llevamos por dentro y ninguno quiere ver.

Como de costumbre, cuando de mí se trata, no hay estudios científicos que demuestren nada de lo que escribo. Me limito a plasmar en unas páginas una realidad que todos vemos día a día. Esa realidad que todos cuestionan cuando no les toca ser partícipes, porque si alguien sabe de excusas jese es el venezolano feo!

## **Conductas típicas del venezolano: los demás no existen y, cuando existen, son los culpables.**

Un venezolano típico es, como ya dije, una persona chévere, cualquiera sea el significado de chévere. A todo le buscan el chiste y el doble sentido ¡porque son alegres! Eso no hay que olvidarlo, por eso es tan difícil hablar en serio con un venezolano típico. Como decía la famosa canción de aquel humorista venezolano llamado “El Conde del Guácharo”, *Venezuela es depinga, todo el mundo aquí echa vaina y nadie le para bolas*. O la tan famosa canción llanera que expresa “*a quién no le va gustar andar en carro prestado/ dormir en chinchorro ajeno con aire acondicionado/ y que cuando se levante ya le tengan preparado/ unas caraotas blanditas y su cochinito asado*”. Exactamente eso refleja la idiosincrasia del venezolano y, exactamente por eso es que Venezuela está cada vez más enlodada en su crisis, ese es el venezolano típico, el venezolano feo, que no le para bolas a nada y espera disfrutar de beneficios que no se ha ganado.

El venezolano tiene una impresionante capacidad de darse cuenta de los errores ajenos, de los abusos de otros, de las infracciones de los demás. Por eso es tan frecuente escuchar mentadas de madre por doquier en cualquier calle de tan bello país, porque el venezolano “sabe cuándo lo están jodiendo”. Y, sin embargo, puede hacer un chiste de ello.

Si usted camina en una calle de Venezuela podrá observar cuántas situaciones meritorias de una mentada de madre se cometen constantemente. La luz roja del semáforo es, en Venezuela, indicativo de que el conductor tiene la opción de detenerse, no es obligatorio, eso depende si hay o no un policía de tránsito cerca o qué tan probable es que el carro que viene del otro lado lo alcance para impactarlo. Las aceras de Venezuela no son exclusivas para caminar, si un conductor estaba demasiado apurado como para buscar un estacionamiento, parará su carro donde mejor le parezca y el peatón tendrá que caminar al borde de la vía, esquivando los autos de las aceras y los que están circulando.

A eso se le debe añadir que los motorizados pueden evitar el tráfico manejando sobre las aceras y si usted, peatón, se atraviesa en su camino, harán rugir el motor hasta que se quite. Usted, como peatón, no puede caminar en paz por una calle de Caracas sin ser constantemente agredido, porque los venezolanos que lo rodean ignoran que usted existe y que tiene derechos. Las normas son letra muerta y de vez en cuando se respetan si hay un policía de tránsito cerca y depende del municipio. Eso sí, tiene que estar consciente de que el motorizado que lo está sacando de la acera puede ser un policía y ahí ni siquiera podrá mentarle la madre, porque puede ir preso por osado, ¡porque a la autoridad se respeta!

No obstante, si usted es el conductor tampoco tiene muchos derechos, no se crea que por tener un carro usted existe.

En Venezuela, el paso peatonal también es opcional. El peatón puede decidir si cruza por ahí o cruza corriendo y esquivando los carros en la mitad de la calle. Eso sí, siempre cruzará corriendito y haciendo señas con una mano para que el conductor reduzca la velocidad. Acto seguido, un frenazo, porque el conductor iba más rápido de lo que debía, un cornetazo y una mentada de madre que será respondida por el peatón que repartirá improperios mientras se aleja. El peatón tampoco respeta el semáforo, no le



importa que no sea su turno para avanzar, espera que los demás comprendan que está apurado. Ergo, los demás no existen sino cuando me conviene.

En Venezuela es harto común que los conductores sean generosos a la hora de compartir su “música”, razón por la cual todo el que tiene un carro anda con enormes altavoces y el volumen al máximo. Sea un carro particular o, peor aún, un colectivo. Tampoco importa si el tubo de escape dejó de servir hace tiempo, el conductor venezolano comparte su humo negro con todos los demás, por eso es indispensable el aire acondicionado en Venezuela, porque si usted está detrás de un auto que está contaminando el medio ambiente, puede olvidarse de la idea de que alguna autoridad lo sancionará. Eso era antes, en los ochenta, hace demasiado tiempo. Y cuando existían leyes que sancionaban esa clase de conductas irresponsables, los mismos venezolanos feos se encargaron de presionar para que fueran eliminadas. ¿Sabe algo? Eso fue antes de que Chávez llegara con su democratización del bochinche y la irresponsabilidad.

La corneta del auto, en Venezuela, tiene múltiples usos. Se puede emplear para avisarle al auto de adelante que el semáforo acaba de cambiar a verde. También se usa para avisar que llegó a un lugar si espera que alguien salga a recibirlo, o para hacerle saber a una chica que la considera atractiva. Dependiendo del tiempo que dure el cornetazo y del número de toques a la bocina, puede ser un insulto a otro conductor o a un peatón irresponsable, o para llamar la atención de un amigo a quien quiere saludar. Eso sí, la gente suele molestarse con el sonido de una bocina, cuando no es quien la hace sonar. Pero ¿cuál es el problema? ¿Por qué amargarse cuando algún idiota usa innecesariamente la bocina del auto a media noche? ¡Es que así somos los venezolanos! Recuerde, Venezuela es depinga, todo el mundo aquí echa vaina y nadie le para bolas. Ni los afectados, ni las autoridades, porque eso es parte de la idiosincrasia del pueblo.

Insisto, el venezolano parte de la premisa fundamental de que los demás no existen o no tienen derechos, por ello es frecuente observar a los amigos que van en diferentes autos intercambiando información sobre la mejor vía a tomar o pasarse un cd de un carro a otro y no importa si con ello obstaculizan completamente el tráfico en una calle. Por supuesto, los conductores que están detrás van a hacer sonar sus bocinas insistentemente hasta que los abusadores se muevan, sin detenerse a pensar la hora o el lugar donde lo hacen, no importa si están frente a un hospital, escuela o iglesia o si son las doce de la noche y despiertan a todo el mundo, lo importante es que los idiotas de adelante se den cuenta que están obstaculizando la vía y pasando por encima de **MIS** derechos. Si por reclamar a punta de corneta a la medianoche de un lunes despierto a todo el mundo, lo siento, yo no voy a dejar que me jodan.

En Venezuela, el canal rápido en una autopista no es el izquierdo, es el hombrillo, todo el mundo sabe eso. Los conductores, como no soportan el tráfico pesado, cometen cualquier tipo de infracciones para adelantar a los otros autos. ¿Qué importa si eso implica crear más caos? Es perfectamente normal atravesar tres canales de una autopista sin miramientos sólo porque está a punto de pasarse la entrada correcta. No importa, los demás no existen cuando un venezolano típico tiene una necesidad. Lo mismo pasa cuando el semáforo tiene luz verde pero el tráfico le va a impedir avanzar hasta la próxima esquina. Si el venezolano feo tiene que quedarse atravesado en la mitad de la calle lo va a hacer,

porque el semáforo estaba en verde para él. Pensar, analizar la conveniencia de la acción que está a punto de ejecutarse, es pedirle demasiado al venezolano.

En el metro de Caracas, ingresar a un vagón a una hora pico es una verdadera odisea. Pese a que llevamos más de veinte años leyendo mensajes y escuchando a los operadores del metro diciendo cosas como: “Dejar salir es entrar más rápido, circule por su derecha y deje un lugar a su izquierda para que otros usuarios puedan desplazarse rápidamente, no obstaculice las puertas”, etc., el venezolano feo no ha logrado asimilar tan complicadas instrucciones. Es por esto que suelen presentarse escenas como dos gordos atravesados a los lados de las puertas que impiden la entrada y salida de los pasajeros, gente atravesada justo al final de las escaleras mecánicas conversando gratamente, parejas que van tomadas de las manos, impidiendo la circulación de los otros usuarios en las escaleras mecánicas o en los estrechos pasillo de las transferencias de una línea. Los empujones para entrar o salir de los vagones son de las escenas más comunes y características de nuestro metro ¡Y para la gente eso es divertidísimo! No importa quién va adelante, podría ser una mujer embarazada o un anciano, pero no importa; si alguien sale lesionado por el empujón de algún idiota quizá la multitud reclame, de lo contrario nadie dice nada y muy probablemente la mayoría se ría del asunto, porque el venezolano es capaz de verle el lado gracioso a todo.

Y sin embargo, existiendo Ordenanzas de Convivencia Ciudadana, normas para el uso del metro, reglas básicas que rigen el comportamiento cívico de los ciudadanos para que todos puedan vivir en paz, ocurren todas estas violaciones a la ley todos los días, a toda hora y nadie hace nada por un cambio. Eso sí, durante todos los años que lleva Chávez en el poder la gente se queja de las constantes violaciones a la Constitución Nacional: los medios de comunicación, los invitados a los programas de opinión, la señora del café de la oficina, el taxista, usted, Yo. Cada vez que el presidente atenta contra las reglas de juego previstas en la Constitución Nacional, nos quejamos, protestamos... un ratito, sí, pero algo decimos. Pero ¿sabe usted que el venezolano feo hace lo mismo que el presidente? En su personal escala de poder, obviamente. Viola las normas que puede y no recibe ninguna sanción. Si recibe algún tipo de sanción, el venezolano feo la ignora y sigue haciendo lo que le da la gana, porque sí y punto. Incluso podría jactarse de su mala conducta con los amigos y decir a viva voz “yo hago lo que me da la gana”... así, igual que el presidente.

No obstante, hay que destacar que eso no sólo pasa en la calle, en el caos del tráfico, en medio de la neurosis del transporte público. Esas no son conductas exclusivas de la convivencia diaria entre conductores y peatones. Ese es un modo de vida, es la idiosincrasia del venezolano, del feo, del típico, de ese Chávez que todos llevamos por dentro... ¡Que asco da admitirlo! Estas conductas pueden verse en todas partes, digamos, por ejemplo, en un supermercado.

Para ser atendido en el departamento de carnes y charcutería, usted debe tomar un número y esperar a ser llamado. Seguramente usted, que está convencido que el venezolano no es como Yo lo estoy pintando, sería incapaz de tomar su número, hacer el resto del mercado y llegar después de que su turno pasó hace cinco números y exigir ser atendido. Pero habrá visto la escena un par de veces ¿verdad? También habrá notado que en la caja rápida, para un máximo de diez productos, siempre hay unos cuantos vivos con el carrito lleno. Si alguien osa llamarles la atención a estas personas puede que

sea ignorado o, muy probablemente, saldrá insultado y los demás, las otras víctimas, callarán, porque a nadie le gustan los escándalos. Por eso, en Venezuela, es tan fácil darse cuenta de que está rodeado de vivos y pendejos, sea en la fila del supermercado o en la del cine, ni hablar de los bancos. De seguro se habrá fijado cómo los demás se pasan de vivos y cómo hay un montón de pendejos que lo permiten, pero ¿se ha dado cuenta las veces que ha sido usted el vivo? ¿No? ¿usted no hace esas cosas?... Déjeme decirle que si en este momento no reconoce que se ha pasado de vivo o de pendejo en el último mes que acaba de transcurrir, aunque sea una vez, usted necesita exorcizar ese Chávez que lleva adentro más rápido de lo que cree.

En Venezuela todo el mundo se queja de la corrupción, pero ¿quién no ha tenido un compañero de clases que haga trampa en los exámenes? ¿Cuántos se han atrevido a denunciarlo? Es peor el riesgo de ser impopular a ser cómplice del corrupto. ¡Ah! Lo olvidaba, en Venezuela eso no es corrupción, es viveza criolla. Tampoco se considera corrupción que la mamá le haga la tarea al hijito o que complete la lista de útiles escolares con los lápices, las hojas y demás recursos de la oficina. Tampoco se considera corrupción que los empleados utilicen las impresoras y fotocopiadoras del trabajo para fines personales. Menos aún que los empleados utilicen la jornada laboral para hacer sus investigaciones en Internet para sí mismo o para los hijos, porque si no es con la computadora de la oficina y en la hora de trabajo ¿en qué tiempo lo van a hacer?

Los taxis en Venezuela no usan taxímetro. Hubo una época en que se intentó implantar la obligatoriedad del uso de este aparato, pero fracasó debido a los múltiples inconvenientes generados. Los taxistas hacían trampa para cobrar más de la cuenta; los usuarios trataban de llegar a acuerdos previos con el conductor para que no activara el taxímetro y pagar menos. Entonces, se eliminó el aparato y se estableció como norma el regateo. Ni se le ocurra subir a un taxi sin antes consultar cuánto le van a cobrar, porque si no pregunta, llegado a su destino puede que tenga que dejarle los zapatos al taxista para pagarle una carrera por la que deberían cobrarle la tarifa mínima.

Eso sí, en Venezuela los corruptos y tramposos han sido los adecos, los copeyanos, los del chiripero y ahora los chavistas. El venezolano promedio no es corrupto, es víctima de la corrupción y tiene que aprovechar los recursos que tiene a la mano para salir adelante. El venezolano feo es incapaz de reconocer que, en su propia escala de poder, malversa los recursos que tiene a la mano, roba, hace trampa. Ese es otro de los antivalores nacionales, los demás son los culpables de todo. Los demás, cuando existen, es para achacarles la responsabilidad de lo que ocurre en el entorno.

Fíjese en lo que ocurre en las zonas populares cuando llueve: colapsan las alcantarillas, se inundan las calles y puede llegar a ocurrir que el agua llegue a las casas y las pobres familias pierdan todo. Cuando los periodistas llegan a la zona del desastre, siempre sale una doña en bata, con unos muchachitos a medio vestir, y dice a viva voz que la culpa es de la alcaldía porque no limpiaron las alcantarillas y el agua se desbordó. Acto seguido, le exigen al gobierno que les de vivienda digna porque ellos no pueden seguir viviendo así. El momento será aprovechado para denunciar todos los problemas del barrio, la acumulación de basura, los insectos, las epidemias, etc., todo es culpa de la alcaldía.

Vale preguntarse ¿por qué levantan una casa en una zona de riesgo? La respuesta del venezolano típico es simple: porque ningún gobierno les ha dado una casa decente. Eso sí, ni en sus peores pesadillas se irían a ir a vivir en un pueblo remoto porque ellos tiene su vida, por ejemplo, en Caracas. Ahora bien ¿Por qué se taparon las alcantarillas? Regularmente es por exceso de desechos que vienen, justamente, de las casas que se inundaron. Sean pañales, bolsas de basura, colchones o electrodomésticos, si necesitan botar la basura la botan y punto, no importa que sea en la vía pública, la alcaldía tiene la responsabilidad de limpiar las calles, de recoger la basura que los vecinos arrojaron a la calle y evitar que el barrio se inunde cuando llueve. De nuevo, cuando el venezolano tiene una necesidad los demás no existen; cuando tiene un problema, los demás comienzan a existir y son los responsables de todas sus desgracias. Para el venezolano feo la culpa siempre es de otros.

No obstante, esa no es una conducta exclusiva de los sectores populares. En la clase media ocurre exactamente lo mismo y quizá hasta peor, porque la excusa de los sectores populares es que ellos no tuvieron oportunidad de aprender a comportarse mejor, pero la clase media se supone que tuvo esas oportunidades. Digamos, por ejemplo, si un vecino se antoja de hacer una fiesta la va a hacer, no importa si los demás tienen que ir a trabajar o estudiar al día siguiente, él quiere hacer una fiesta y esa es su casa y en su casa manda él. Los demás vecinos protestarán, algunos le tocarán la puerta para pedirle que baje el volumen de la música, otros se asomarán a la ventana y le gritarán improperios que despertarán a los demás vecinos; pero seguramente, en algún momento, harán exactamente lo mismo.

El venezolano típico que vive en un edificio, asume que el hecho de pagar condominio le da derecho a ensuciar las áreas comunes y, como paga el sueldo del conserje, éste tiene que limpiar sin protestar. Si se está mudando o tiene que mover algún objeto pesado del apartamento, puede usar los ascensores a placer, aunque esto signifique que los demás vecinos se vean limitados en su derecho del uso de un bien común. Cuando se daña el ascensor, la responsabilidad es de la junta de condominio, que regularmente es calificada de incompetente. Eso sí, nadie quiere meterse en ese problema, bien sea por falta de tiempo o porque con eso no se llega a nada. El venezolano es exigente cuando se trata de los demás, pero laxo cuando se trata de su propia conducta.

La generación que vivió los años setenta recuerda con nostalgia a Renny Ottolina, un visionario del mundo del espectáculo quien –entre otras tantas cosas- se dedicó a realizar micros en televisión donde enviaba mensajes simples de convivencia ciudadana, como no botar basura en la calle, cruzar por el paso peatonal, respetar el semáforo, etc. Todo el mundo recuerda aquella época, cuando el venezolano era más civilizado. Existe cierto acuerdo general sobre la falta que hace este tipo de mensajes en la actualidad, lo cual es cierto, sin embargo... esos que extrañan a Renny ¿no saben que deben respetar las normas de tránsito? ¿no saben que no deben botar basura en la vía pública, ni orinar en la calle? Eso parece sentido común, pero en Venezuela el sentido común cambia de sentido cuando el venezolano tiene una necesidad. Aquella frase empelada por los flatulentos alegres, que dicen “prefiero perder un amigo y no una tripa” es característica del modo de vida del venezolano. La falta de conciencia en los asuntos más elementales hace necesario que exista alguien que constantemente les recuerde qué están haciendo mal. Rápidamente notan cuando el vecino violenta las normas de convivencia ciudadana, se

molestan, dicen que en este país todo el mundo hace lo que le da la gana, que así no vamos a salir adelante nunca, pero mientras lo dicen hacen un giro en U prohibido o tocan la bocina a todo dar. Hasta ahora no ha habido quien logre sustituir a Renny Ottolina en la tarea de crear valores ciudadanos al venezolano. Pocos lo han intentado, hace años que renunciaron a ese reto, ignoro si será porque es más rentable usar esos espacios de televisión en publicidad de tarjetas de crédito o porque la tarea es tan titánica que nadie siente tener la capacidad para medírsele al reto.

Mientras tanto, el venezolano está esperando que llegue alguien y ponga orden, alguien que lo obligue a actuar según las normas de convivencia, que lo castiguen si infringe la ley. Así, como un niño, quiere que las cosas mejoren mágicamente, que venga un adulto a disciplinar el jardín de infancia. En Venezuela, supuestamente, todo el mundo dice querer orden, que se termine el caos, pero saben que cuando ese alguien llegue el cambio va a ser duro, por eso el venezolano no hace nada por el cambio. En el fondo, al venezolano feo, le gusta el caos, el desorden, la guachafita.

Por eso es que el venezolano es tan feliz, por eso es que en las mediciones que se hacen sobre la felicidad en el mundo siempre los venezolanos están en el top 10, porque aunque puede expresar descontento y molestia por todo lo anteriormente descrito, en el fondo le importa un pepino. Incluso llega a justificarlo o dice, en el característico tono de indiferencia del venezolano promedio, ¿para qué se va a amargar uno? O. mucho peor, el más típico, el nacional, el venezolanísimo “Así somos”. Y así es, así se vive en Venezuela, aceptando cualquier atropello o cometiéndolo, para no amargarse la vida, para ser feliz.

Si a usted se le ocurre entrar a cualquier foro de discusión donde los venezolanos escriban acerca de un tema serio, aparte de encontrarse con una cantidad aberrante de errores ortográficos, se dará cuenta rápidamente cómo los venezolanos pierden la capacidad de tomarse en serio cualquier asunto. Se propone un tema, alguien responde, otros le siguen, empiezan las palabras subidas de tono, alguien hace un chiste, cambia el tema y se perdió todo. Y, créame, con una frecuencia vergonzosa aparece la frase “así somos los venezolanos”.

En una discusión de uno de esos foros de internet, llamada “Los defectos y virtudes del venezolano” ubicada en la siguiente dirección: <http://www.noticias24.com/actualidad/?p=4280&cp=all>, que parte de un artículo de, Benigno Nieto, titulado “Venezuela, querida y frívola”, el autor describe al venezolano de la siguiente manera:

*“Si los venezolanos tienen el corazón del tamaño del universo, ¿cuáles serían entonces sus defectos? El menos grave, y ellos lo admiten, la impuntualidad (siempre llegan una hora tarde, pero como ya eso está calculado, no hay problema). En sus ansias de gozar son “bonchones”, pecan de irresponsables y derrochan sus bienes, defectos que celebran como virtudes. Por cualquier estornudo faltan al trabajo; en contraste, las vacaciones son sagradas y hasta muertos se van de rumba. Venezuela es el país con más días feriados, y donde se consume más cerveza y whisky en Latinoamérica per cápita. Presidentes y ministros suelen tener “una querida” pública (“el segundo frente”, dicen los guardaespaldas), sin que nadie se escandalice”.*

La discusión abierta plasma la capacidad real del venezolano de reconocer en sí mismo y sus compatriotas cualquier defecto o virtud. Uno de los participantes dice:

*“el Tipico Venezolano es VIVIDOR esperando que le regalen todo, y FLOJONAZO, la gran mayoría en vez de ser jefes son Empleados de cualquier Extranjero que llega al país con 0 en sus bolsillos... el extranjero hace plata y el venezolano muere de hambre a menos que sea CORRUPTO”*

La ausencia de acentos forma parte de ortografía del autor del comentario, llamado “Mamerto”. Más adelante otro brillante venezolano, que dice ser profesional, con postgrado, escribe lo siguiente (copio textualmente)

*“Lo peor es trabajar con venezolanos, se matan entre si con chismes, se caen a coñas se llama a la policia la mujeres se vuelven locas montandole cacho al marido y si es soltera repartiendo el culo (POR DIOS!!) y si uno de ellos es ilegal el otro le llama a inmigracion pa’ q lo sacen pal carajo. Aqui en la ciudad de Austin Texas es uno de los peores ejemplos de desunion, desigualdad y anti compañerismo que he visto en mi vida entre venezolanos, (y soy venezolano con 18 años de residencia aqui) Los venezolanos aqui en esta ciudad de Texas son ejemplo palpable de como esta desunido el Pais. La bendita AVA (Asociacion de Venezolanos en Austin) es nada mas y nada menos que un club social pura organizadora de Rumbas, y arepasos que no nos lleban a nada, no consideran el trabajo social donde hay familias de venezolanos que necesitan ayuda financiera, con el idioma o simplemente una orientacion. Hace 2 años hubo un escandalo por corrupcion ( que raro) se cojieron los reales del guaitazo ( no puedo decir el año por no revelar el nombre de la junta directiva de ese año) Todo lo que conosco se odian entre si no somos como otras nacionalidades que se ayudan entre si (...)”*

Otro participante, ofendido por los comentarios del autor y luego de aclarara que no todo el que vive en Venezuela es venezolano, escribió:

*“ (...)la mayoría de los venezolanos que conozco, son trabajadores, laboriosos, responsables, puntuales, estables, muchos de ellos tienen postgrados en diferentes partes del mundo, tienen varios hijos, están casados, solteros o divorciados, tienen sus casas, carros y viajan por venezuela y el extranjero con frecuencia y están al día y perfectamente informados. los fines de semana hacen reuniones en sus casa y toman y comen como cualquiera y comparten en familia. pertenecen a entidades de ayuda social, aportan a sus comunidades, clubs y asociaciones. Ahora, si tratamos de describir a la mayoría de las personas que circulan por caracas o venezuela, a diario, y que nadie saben ni que hacen ni a donde van cuando deambulan por ella o se encuentran metidos en las inmensas colas y los inmensos carros y camionetas que ahora se ven por todas partes, estamos en un inmenso dilema (...)”*

Algunos opinan que el venezolano no es que sea flojo, es que es facilista. Brinca otro y dice, adornado con cuanta grosería se haya inventado, que el venezolano sale a trabajar a las tres de la mañana, que un pueblo así no puede ser calificado de flojo. Está quien confiesa que, viviendo fuera de Venezuela, le huye a los venezolanos como a la plaga y uno que dice haber pensado que el artículo era sobre él. Otros opinan que el problema es la viveza criolla, o que el venezolano es un resentido social. Y vuelven a salir los nacionalistas que defienden a capa y espada su gentilicio, la culpa es de los no venezolanos que viven

en esta hermosa tierra y la están arruinando, o de quienes escriben así de los venezolanos y dañan el autoestima nacional.

Las tres opiniones extraídas del foro tienen, para mí, un aporte valioso para el objetivo de este libro. Como pueblo tenemos un ideario nacional, tenemos una imagen propia y actuamos, socialmente, según esa imagen que tenemos de nosotros mismos. Obviando la masacre ortográfica de los profesionales que opinaron en el foro, hay ideas de fondo que merecen la pena rescatar y analizar.

El primer citado dice que la mayoría de los venezolanos son flojos y prefieren ser empleados que empresarios. Salta a la vista una realidad, Venezuela abrió sus puertas a la inmigración extranjera y muchos de esos inmigrantes llegaron al país sin recursos y con el tiempo se convirtieron en empresarios. No fueron muchos los venezolanos que optaron por el mismo camino. La realidad es que gran parte de la inmigración que recibió Venezuela en las décadas de los cincuenta y sesenta, incluso antes, estaba conformada por personas que venían de huirle a la guerra o a las consecuencias de la postguerra. Era gente que estaba entrenada para la lucha y el sacrificio, dispuestos a trabajar de sol a sol y a aprovechar las oportunidades que encontraron en un país sin guerra, fértil, próspero. Mientras el extranjero típico que llegó a Venezuela en ese periodo, trabajaba y ahorra todo lo que podía, el venezolano que migró del campo a la ciudad traía una mentalidad muy diferente. Así como el venezolano de la ciudad, sentía que esa riqueza nacional también le pertenecía, que no tenía por qué sacrificarse, el país estaba prosperando y él, que había nacido en un país rico, también era heredero de esa riqueza. Tampoco hubo estímulos para desarrollar un empresariado nacional fuerte, ni antes ni ahora. La mayor demostración de la carencia absoluta de mentalidad empresarial en el común denominador del pueblo venezolano es que, con todos los recursos que se han tratado de invertir para estimular la creación de microempresas y pequeñas y medianas empresas, el fracaso ha sido rotundo. Para ser empresario hay que tener algo más que capital financiero y deseos de hacerlo. Quizá en este punto se encuentre un espacio en el cual los empresarios exitosos de Venezuela puedan contribuir con la reconstrucción del país, enseñando al pequeño y al microempresario a ser verdaderos empresarios. En tiempos de crisis los obstáculos pueden ser las mejores oportunidades.

El otro punto a destacar es el comportamiento de los venezolanos, como grupo de inmigrantes, en el exterior. Y aquí se hace necesario destacar un elemento crucial para el análisis: la migración que se está produciendo en Venezuela es de profesionales, preparados, clase media, con algo de recursos para mantenerse un tiempo en el exterior. Muchos de estos profesionales no encuentran oportunidades de trabajo en los países de destino y deben conformarse con realizar actividades no relacionadas con su profesión para subsistir. El venezolano feo en el exterior no para de hablar de los defectos de los venezolanos, se siente con un aire de superioridad porque ya no está en ese desastre de país que es Venezuela, casi llega a burlarse de quienes aún no han decidido emigrar porque él está mejor ahora, por lo menos ya no tiene que aguantarse a esa gente que tanto desprecia. Las fotos del exilio suelen ser en un concierto de U2 o Madonna, en mesas de restaurantes (y hasta toman fotos de la comida) y los comentarios a las fotos suelen ser del tipo “esto sí es vida”. En realidad poco se sabe de la verdadera vida que llevan, porque si el venezolano dentro de Venezuela es ostentoso, el del exterior a veces raya en lo ridículo.

En conversaciones con venezolanos radicados en el exterior, y por experiencia propia, he llegado a la conclusión de que la desunión y la ausencia total de apoyo entre nuestros compatriotas es una realidad innegable. Las asociaciones de venezolanos en países como Colombia, Estados Unidos, España, por nombrar algunos, se dedican a hacer reuniones sociales y no sirven de apoyo a los nuevos inmigrantes. No se puede ocultar el hecho de que hay a quienes les va muy bien, pero no quieren saber nada de venezolanos. Más triste aún es la realidad de aquellos ex gerentes de PDVSA que han logrado instalarse exitosamente en otros países y han olvidado que muchos de sus coterráneos que hoy forman parte del éxodo de profesionales que están viviendo en condiciones casi paupérrimas en el extranjero, perdieron lo que tenían para unirse al paro económico por apoyo a la petrolera. Si bien es cierto que la nacionalidad no debe ser un factor determinante a la hora de contratar a un profesional y que el apoyo al prójimo no tiene pasaporte, no menos cierto es que la recuperación del país, que esa salida pacífica que quisiéramos todos los venezolanos, se aleja cada vez más cuando interna y externamente se continúa sembrando el resentimiento.

El último comentarista citado exalta las virtudes de los venezolanos que conoce. Parece obvio que vive en una burbuja en la cual no se permite una visión diferente a la del reducido grupo social al que tiene acceso. La ceguera de esta persona me hace recordar las muchas veces que he sido confrontada con ejemplos de comportamiento impecable de los venezolanos que alguien conoce e inevitablemente me pregunto ¿dónde viven estas personas que no logran ver esa realidad que a mí me parece tan obvia? Yo quisiera vivir en ese país descrito en el último comentario mencionado, pero para eso hay que trabajar mucho en la reconstrucción de la democracia y, sobre todo, en la construcción de valores que permitan acercarnos a un ideal de respeto, convivencia pacífica y amor al trabajo.

Entonces ¿quién tiene razón? Como ese no es el objetivo de este libro no voy a continuar con el debate, pero piense algo, el que escribe a favor o en contra del venezolano, tiene algo en común con usted, vivió o vive en Venezuela, es reactivo ante las opiniones de otros –como probablemente lo sea usted- y lleva su Chávez enquistado en las tripas, como de seguro lo lleva usted. Se queja, no le gusta que hablen de su gente o le importa un pepino, porque ya salió de la pocilga; seguramente es una persona feliz y cuando lo entrevisten para un estudio acerca de la Felicidad, como buen venezolano, va a estar en la cima de las evaluaciones.

Vamos a ver ahora ¿por qué el venezolano es tan feliz? ¿cuáles son las razones que explican la felicidad del venezolano? Posteriormente, vamos a derrumbarlas, una a una, para demostrar que el venezolano, para ser tan feliz, tiene que estar demasiado loco.